



Carlos López Hernández

Eucaristía inicial de la Visita Pastoral en el Arciprestazgo de Peñaranda-Calvarrasa-Las Villas

Lecturas: Is 5, 1-7; Flp 2, 1-11; Mt 21, 28- 32.

Queridos hermanos: Os saludo con afecto cordial a todos los presbíteros, fieles laicos y miembros de la Vida Consagrada, que constituís la comunidad cristiana de este nuevo arciprestazgo de Peñaranda y Calvarrasa-Las Villas, creado en aplicación de las Orientaciones de la Asamblea Diocesana.

Comenzamos hoy en este arciprestazgo un nuevo camino compartido, es decir, un camino sinodal que prolonga y concreta el proceso de oración, reflexión, trabajo, celebración, y misión compartida, que hemos vivido intensamente unidos los presbíteros, los fieles laicos y los miembros de la Vida consagrada de toda la Diócesis durante el tiempo de nuestra Asamblea.

La Visita Pastoral es una ocasión muy favorable para iniciar la edificación de esta nueva comunidad arciprestal, que está llamada: a vivir *con un aliento común del Espíritu*, en un **hogar de familia**, donde se abran los corazones a la acogida de amor de Dios, en oración continua y programada; y a ser: un **espacio de comunión** fraternal, hecha real en “consejos pastorales”, cauces de participación y corresponsabilidad sacerdotes, laicos y consagrados; un **faro de luz** espiritual, eclesial y pastoral, que ilumine el esfuerzo nuestra reflexión en el “taller” de análisis de las condiciones que debe tener hoy nuestra misión evangelizadora; y un **campo de misión compartida, con equipos apostólicos organizados**, abiertos a la participación de todos.

Caminar con más decisión hacia esta meta exige seguir rompiendo la barreras del individualismo de las personas y de los pueblos, para encontrarnos con creciente alegría en actividades formativas de adultos, en procesos catequéticos de iniciación cristiana de niños, adolescentes y jóvenes, en celebraciones litúrgicas de ámbito interparroquial, en compromisos comunes de acción social desde la fe, en acciones de caridad y servicio de los más pobres, y en el alegre testimonio explícito de la fe.

La despoblación y el envejecimiento de los habitantes de nuestras parroquias, así como el clima de mayor indiferencia religiosa, tienen que ser un aliciente y una necesidad para buscar nuevos cauces de acción evangelizadora en común, más atractiva y fructífera. Los hermanos de cada pequeña comunidad parroquial no pueden seguir navegando solos en sus pequeñas y frágiles pateras, en medio de un mar cada vez más tormentoso. Necesitamos navegar unidos en una gran barca común arciprestal y diocesana, en la barca de Jesús.



Carlos López Hernández

La Visita Pastoral y la comunión más cercana con el Pastor común fortalece la integración afectiva en la gran comunión diocesana y en la Iglesia universal. En cada comunidad parroquial está presente la Iglesia de Cristo, pero inserta en la unidad de la Iglesia diocesana y universal. El arciprestazgo es una comunidad eclesial intermedia, al servicio de la vitalidad mayor de cada comunidad parroquial, y como ayuda subsidiaria en los aspectos de la misión que por sí misma no tiene facilidad de realizar. Y ¡cómo se ensancha nuestro corazón creyente cuando confesamos la fe con mayor número de hermanos!

El lema elegido para esta celebración y para toda la Visita Pastoral es la Palabra de Jesús: “*Yo soy la vid y vosotros los sarmientos*”. Es una definición implícita que Jesús nos ofrece del misterio de la Iglesia. Los discípulos de Jesús somos los sarmientos que recibimos de él la vida y la capacidad de dar fruto. Sin él no podemos hacer nada. Desgajados de él dejamos de ser Iglesia, su Espíritu deja de habitar en nosotros, y se seca en nuestros corazones el manantial de donde brota el amor a Dios y a los hermanos, la capacidad de servicio a la justicia y la paz. Desgajados de él se oscurece el horizonte de nuestra esperanza y podemos convertirnos en meros seres para la muerte.

La experiencia gozosa de ser sarmientos vivos en la única vid verdadera nos hace capaces comprender **el tesoro que el Padre nos ofrece** al llamarnos a trabajar en su viña.

Nos ha llamado de forma general en la parábola del domingo pasado, al decirnos: “*Id también vosotros a mi viña*” (Mt 20,4). Dios toma la iniciativa de llamar a muchos jornaleros a trabajar a su viña y paga a cada uno lo que necesita para su digno sustento, aunque no lo haya ganado con la tarea realizada. Esta parábola de la viña es un canto a la bondad Dios y a su cuidado solícito de todos sus hijos: los primeros y los últimos llamados. Y nos enseña que en el Reino anunciado por Jesús, los primeros serán los que elijan libremente ocupar el último lugar y ser servidores de todos.

Y el Padre nos ha llamado hoy a cada uno de forma personalizada: “*Hijo, ve hoy a trabajar en la viña*” (Mt 21, 28). Podemos ir o no ir; podemos decir que no queremos ir y luego arrepentirnos y obedecer. Y podemos ser hipócritas y decir: “*sí, voy*”, sin intención de ir. Los hipócritas reciben la más dura reprobación de Jesús: serán precedidos en el reino de los cielos por las prostitutas y los publicanos; estos pecadores públicos creyeron el anuncio del camino de la justicia por Juan el Bautista y se convirtieron. Los hipócritas no se arrepintieron ni creyeron.

El disfrute de los bienes de la viña está reservado a los labradores fieles, que reconocen con alegría la propiedad de Dios y de su heredero sobre ella, y la cultivan con esmero y entregan la renta de los frutos a su tiempo. Por el contrario, **los viñadores homicidas** (Mt 21, 33-41.43) se apropian de los frutos de la viña y maltratan hasta la muerte a los enviados por el dueño a cobrar las rentas; incluso llegan a matar al hijo del dueño, para quedarse con su herencia. Su final es el castigo de muerte. Esto significa que ir a trabajar a la viña o no ir; entregar a no al dueño los frutos que le corresponden,



Carlos López Hernández

es poner en juego la propia vida, desgajándose de la vid verdadera y desobedeciendo al Padre, dueño de la viña.

La imagen de la viña ha sido desde los profetas del Antiguo Testamento una parábola del amor de Dios a Israel y de la desobediencia de Israel a Dios.

El bello canto de Isaías a la viña de su amigo es especialmente significativo del amor de Dios a Israel: eligió para ella un fértil collado, la entrecavó, quitó las piedras y plantó buenas cepas; construyó en medio una torre y cavó un lagar”. ¿Qué más podía haber hecho por su viña? Pero la viña no dio el fruto esperado. Por ello, el canto de amor a la viña se convierte en un juicio de acusación y castigo para la viña, que será descuidada, derruida y convertida en un erial de cardos y zarzas.

Esta canción de la viña es en realidad una parábola para volver a anunciar el juicio y el castigo de Israel, culpable de numerosos delitos sociales. Así lo expresa el profeta: *“La viña del Señor de los ejércitos es la casa de Israel y los hombres de Judá su plantel preferido. Esperaba de ellos derecho, y ahí tenéis: sangre derramada”*.

Israel es la viña infiel. Pero el Señor sigue manifestándole su amor: *“Aquel día cantaréis a la viña deliciosa: Yo, el Señor, soy su guardián... Pero no se acoge a mi cuidado. ¡Que haga la paz conmigo! ¡Que conmigo haga la paz! Llegarán días en que Jacob echará raíces, Israel echará brotes y flores, y sus frutos llenarán el mundo”* (Is 27, 2-6).

Pero esta promesa sólo se verá cumplida en **Jesús, la nueva viña de Israel.** Su Pascua ha suscitado un resto de enviados a su viña, que se alegran de trabajar en ella y le entregan fielmente los frutos que le corresponden; que le entregan su misma vida.

¿Quiénes serán estos viñadores fieles? Los que han asumido como gozoso proyecto de vida *“volver a las huellas de Jesús”* y tener entre ellos los sentimientos propios de Cristo. Los que se mantienen con un mismo amor y un mismo sentir, y buscan todos el interés de los demás. Estos son los viñadores que acogen con alegría y gratitud la llamada del dueño, aunque sea en segunda convocatoria, y se reconocen miembros de una comunidad de operarios con diferentes capacidades y tareas al servicio de una misión común, alentada por el Espíritu del Señor. Cada uno se reconoce llamado a aportar los talentos recibidos por gracia; y se alegra de las capacidades y retribución que Dios otorga a los demás. Todo es reconocido como gracia.

Los viñadores fieles son los que eligen ser los primeros en el trabajo y los últimos en la paga. Los que más trabajan *“con entrega generosa”* (1 Pe 5, 2). Los que asumen en silencio gozoso la parte del trabajo que no realizan los compañeros. Los que no juzgan ni critican el trabajo de los demás, sino que lo valoran y alientan hacia su mayor fruto. Los que experimentan que su mejor paga y el primer fruto de su tarea es la gracia de la fidelidad. Los que valoran su vida gastada en el servicio del Evangelio como su mayor gloria; y no tienen otra aspiración.



Carlos López Hernández

Estos viñadores fieles superan cada día la tentación quedarse con los frutos y apropiarse de la viña misma, de ponerse en el lugar de Dios y afirmarse como únicos señores, sin dependencia alguna respecto de Dios. Esta tentación es más fuerte en el clima actual de indiferencia o rechazo generalizado de Dios. El hombre moderno ha decidido ser el dueño único de su propio destino. Y, en consecuencia, se ha emancipado de toda tutela de la Iglesia, cuya acción evangelizadora no siente necesaria e incluso combate.

Estos viñadores fieles están dispuestos a ir trabajar en la viña sin reservas, haciendo el necesario “*discernimiento evangélico*” de la situación de la viña a la que son enviados a trabajar y de la labor que han de realizar en ella. Y están decididos a aprender el oficio de pedagogos de la inserción de los hombres autosuficientes de hoy en la comunión con Cristo humilde y obediente.

El pedagogo de la fe, el profeta del Primer Anuncio, el catequista de la iniciación cristiana, el acompañante espiritual, el evangelizador de los jóvenes, el mistagogo que inicia en la celebración de los misterios de la fe, el que asume la diaconía de la caridad y el servicio a los pobres, el testigo de la justicia social del Evangelio en medio del mundo, así como, en mayor grado, los pastores de las comunidades y de toda la Diócesis, necesitamos entrar en un proceso más intenso y cuidado de configuración con Cristo y de formación permanente. Hemos de aprender los cuidados que necesita el hombre de hoy para permanecer en Cristo o ser de nuevo injertado en él, y así dar fruto. Así evitaremos el miedo a ir trabajar a la viña sin saber lo que tenemos que hacer, y la tentación de quedarnos inactivos en la torre.

Los desafíos del tiempo presente han de ser un aliciente para intensificar la vida, la espiritualidad cristiana y la misión, frutos de la fe y de la gracia, aunque sea en el desierto. Las Orientaciones de la Asamblea Diocesana nos han ofrecido las claves decisivas para el análisis de la situación y para la respuesta pastoral que hemos de ofrecer. A la luz de estas claves valoramos “*nuestra hora*” como un tiempo de gracia, para buscar y ofrecer nuevos caminos de espiritualidad a quienes viven como un dato cultural normal y natural la ausencia de Dios, en una sociedad mayoritariamente descristianizada, especialmente en las generaciones más jóvenes.

Esta es la viña a la que el Señor hoy nos envía a ser testigos de su Evangelio con la fuerza de su Espíritu. Jesús nos dice hoy de nuevo: “*Se me ha dado todo poder en el cielo en la tierra. Id, pues, y haced discípulos a todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado. Y sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos.*” (Mt 28, 18-21).

Peñaranda de Bracamonte, 1 de Octubre de 2017